



La fantasía y la ciencia ficción como espacios de libertad

Por Daína Chaviano

Publicado en Journal of the Fantastic in the Arts, Vol. 15, #1, Primavera 2004

Discurso de Daína Chaviano como Invitada de Honor al 25º International Congress for the Fantastic in the Arts 2004.

La imaginación ha sido refugio del hombre a lo largo de la historia, especialmente en sociedades represivas. Y no hablo de escapismo o enajenación —aunque esas opciones pudieran ser válidas y justificables en un ambiente de asfixia social—, sino de su papel como herramienta de conspiración.

Los géneros fantásticos, con su carga de elementos simbólicos, actúan como valiosos camuflajes para conservar o diseminar ideas que el ser humano intenta salvaguardar en medio del caos social o político, adverso a la libertad.

En el caso de Cuba, mi país de origen, las restricciones impuestas a la libertad de pensamiento y de creación propiciaron una relación particular entre la fantasía y la CF tradicionales. Elementos como la metáfora, la parábola y la fábula enriquecieron y transformaron ambos géneros. Para entender esta evolución, es necesario hacer un poco de historia.

Antes de que yo tuviera conciencia de lo que me rodeaba, la isla había pasado por una breve etapa de euforia imaginativa en los años 60. A mediados de esa década, se publicaron los primeros títulos de CF cubana, entre ellos, La ciudad muerta de Korad, de Oscar Hurtado, El libro fantástico de Oaj, de Miguel Collazo, ¿Adónde van los cefalomos?, de Angel Arango, y otros más que hoy son considerados clásicos de la CF cubana. Es significativo que el nacimiento del género coincidiera con ese fugaz período en que la mayoría de los cubanos se mantenía a la expectativa de los cambios que el nuevo gobierno anunciaba como verdaderamente prodigiosos. Fue una breve etapa de euforia imaginativa que no duró mucho.

En 1968 se inició la “ofensiva revolucionaria”, que puso fin a las pequeñas empresas independientes y dio comienzo a una campaña de persecución contra



quienes no aceptaban la nueva ideología. La literatura, como otras formas de pensamiento creador, sucumbió ante esa ola de represión. Se desterró toda obra que oliera a espiritualidad, fantasía o alteración de la realidad, por mínima que fuese. Eso incluyó desde los cuentos de hadas tradicionales hasta las películas de Walt Disney. El filme Fantasía, por ejemplo, estuvo prohibido durante muchos años. Y cuando finalmente volvió a exhibirse, fue convenientemente "editado" para eliminar la pieza final con su procesión de almas y su consiguiente alusión a ciertas cuestiones religiosas como el infierno y el paraíso. Por otra parte, movimientos vanguardistas del siglo XX, como el surrealismo o el simbolismo, fueron considerados decadentes. En las escuelas se enseñó que obras de gran carga romántica o gótica poseían valores endebles o dudosos, porque estaban vinculadas de algún modo con el pensamiento burgués.

Por esa época, yo no tenía una idea muy clara del aspecto político de las prohibiciones. Era apenas una niña que siempre se había refugiado bajo las alas de las hadas y soñaba con explorar otros mundos. Pero de algún modo sentí la falta de oxígeno imaginativo y, para no morir de asfixia, comencé a escribir mis propios cuentos.

Sin proponérmelo, comencé a defender mi derecho a soñar como si se tratara del aire que respiraba. Por eso creo que aquella década negra marcó mi identidad como escritora. No quiero decir que, de no haber existido aquellas restricciones, yo hubiera escrito otro tipo de literatura. Pero sin duda, gran parte de mi pasión definitiva por esos géneros se acrecentó a consecuencia de lo ocurrido en aquella época.

Finalmente, tras una década de severas restricciones, la fantasía volvió a hacer su entrada en la isla con un disfraz nuevo: la CF proveniente del bloque comunista europeo.

Por aquellos años, la idea oficial era que todo lo que viniera de la Unión Soviética se encontraba a salvo de los vicios del capitalismo y, por tanto, no podían contener ningún germen fatal para la sociedad cubana.

Quizás una de las obras que más contribuyó a esta apertura fue La Nebulosa de Andrómeda, de Iván Efrémov. La novela se desarrolla en una Tierra comunista del futuro, donde la guerra y la violencia han sido desterradas, el dinero no existe y el trabajo es un placer. Dicho de otro modo, la novela reflejaba el ideal de la utopía comunista. Otras obras como Aelita, de Alexei Tolstoi, o ¡Qué difícil es ser dios!, de los hermanos Strugatsky, por citar sólo dos ejemplos, mostraban historias donde se reflejaba la lucha de clases o la superioridad del héroe comunista frente a tareas tan arduas como una revuelta en el planeta Marte o el espionaje en una sociedad feudal.



Apoyándose en ese criterio de garantía ideológica, que aflojó un poco la repulsa oficial contra los géneros imaginativos, la Unión de Escritores de Cuba decidió convocar al primer concurso literario de CF en la historia de Cuba. El premio fue otorgado a *Los mundos que amo*, escrito por una joven estudiante universitaria. Este fue mi primer libro impreso.

Luego siguió *Amoroso planeta*, que incluía cuentos anteriores al libro premiado y revelaba mi ruptura con los cánones de la CF socialista. Siempre me negué a lanzar mis hadas y mis duendes en aquella hoguera inquisidora que ardía a los 451° Fahrenheit. Por eso, pese a la fuerte influencia soviética del entorno, Bradbury aparecía como la presencia más obvia de aquel libro.

El concurso permitió que comenzaran a abrirse los canales editoriales hacia una literatura más cercana a la fantasía. Fue un proceso lento, porque los escritores sabían que era imposible romper ciertas reglas. Esta dificultad hizo que algunos autores comenzaran a experimentar con la mezcla de géneros, saltando de uno a otro para evitar meterse en honduras peligrosas y, a la vez, a manera de rebeldía contra el canon realista que había permeado la literatura cubana durante una década.

Uno de aquellos libros, titulado *Strip Tease*: cuentos de mal humor, fue escrito por Antonio Orlando Rodríguez, un autor de mi generación, y giraba en torno a personajes inmersos en ambientes opresivos donde la incomunicación, la ausencia de libertad y la cosificación social, eran los elementos más significativos.

En una obra suya posterior, titulada *Querido Drácula*, el tono variaba. Su autor abandonaba la fantasía para mezclarla con la CF, pero se trataba de una CF donde el absurdo transformaba ese género —que suele ser muy racional— en una sátira extravagante. Por ejemplo, su relato “Ánima de la lluvia” es una narración en dos planos donde la CF se mezcla con una fantasía al estilo de *Las mil y una noches*. Uno de los planos transcurre en un planeta donde, cada tarde, los exploradores observan una bandada de objetos insólitos que sobrevuelan el cielo como aves migratorias. El otro plano es el monólogo de un espíritu acuático que habita en un estanque. Esos dos mundos nunca llegan a tocarse, aunque se insinúa que los objetos migratorios que los astronautas ven cruzar sobre sus cabezas pueden provenir de aquel otro donde habita el espíritu acuático. Es un cuento sobre la incomunicación entre dos universos cercanos que nunca pueden interactuar; y también una metáfora sobre las maravillas que se hallan al alcance de la mano, pero que jamás pueden conseguirse.

Aclaremos que éste es un relato escrito en los años 80, cuando por primera vez los cubanos pudieron reencontrarse con familiares que habían emigrado a Estados Unidos dos décadas atrás. La población, sumida en la miseria, se había sentido deslumbrada ante los exiliados, cuya llegada derrumbó una percepción de miseria y fracaso que había sido el principal sostén de la ideología para quienes habían



nacido después de los años 60. El impacto del encuentro fue mayor entre los jóvenes, que no tenían ningún patrón de referencia anterior.

Otro relato del mismo autor, titulado “Salchichas vienesas”, ilustra el desprecio de toda aquella generación ante la propaganda ideológica que había dejado de surtir efecto.

La historia es deliciosamente absurda. Cinco personajes —una Madonna de Rafael, un león, una princesa egipcia, un seminarista y un licántropo— se reúnen a cenar. Todos son grandes amigos y su mayor placer es devorar las comidas que prepara el león, casado con la etérea Madonna. El banquete, compuesto por una succulenta crema de relojes, teléfonos cocinados con mantequilla y yogurt, y una tarta hecha con un televisor relleno de natilla y frutas, es el ambiente donde transcurre la velada. Mientras se extasían ante los platos, comentan con desapego la noticia de que, en una hora, el mundo puede llegar a su fin, debido a una guerra nuclear entre dos potencias cósmicas que han elegido la Tierra como campo de batalla.

La indiferencia de los personajes reflejaba la actitud de la población cubana, harta de escuchar anuncios similares sobre un supuesto ataque del “enemigo del Norte”. Los personajes del cuento toman esa advertencia a la ligera, como si no tuviera nada que ver con ellos.

El cuento usa el propio banquete, confeccionado con equipos imprescindibles en las comunicaciones y la propaganda, para destruir esos elementos que contribuyen a la planificación y al control de una sociedad. Los protagonistas, literalmente, se los meriendan. Y al prescindir de su utilidad primaria, no sólo se burlan de su función primordial, sino que ponen de manifiesto el hambre de una población capaz de devorar cualquier cosa.

Otro ejemplo lo hallamos en el matrimonio de escritores formado por Chely Lima y Alberto Serret, quienes crearon Terra Uno, un mundo que les sirvió de base para innumerables relatos. Los libros inspirados en Terra Uno muestran claves para comprender el mundo interior y espiritual de gran parte de la población cubana.

Uno de esos libros fue Consultorio Terrícola, de Alberto Serret, que comienza con el relato “Aquí nunca nos pasa nada raro”. En el cuento, una pareja decide asentarse en Terra Uno, atraída por la promesa de que allí le sucederían las cosas más extraordinarias. Pero lo cierto es que nada ha ocurrido. Sólo cuando los personajes reconocen que han sido engañados, comienza a producirse una metamorfosis en ambos. La habitación donde conversaban se transforma en un paisaje al aire libre y, de manera significativa, ellos mismos se convierten en aves que vuelan hacia la libertad.



A lo largo del mismo libro, hay una serie de relatos-poemas donde aparece un personaje que se llama a sí mismo el Poseído, capaz de interpretar el silencio de unas criaturas múltiples y misteriosas que viven en Terra Uno. Tales criaturas parecen ser los marginados sociales y todos aquellos que no se atreven a hablar en la isla. La alegoría del Poseído —al que todos toman por un loco— es clara: en un país donde la diferencia es políticamente censurable, donde todos deben vivir igual, votar igual y pensar igual, sólo un loco puede servir de canal a estos disidentes sin voz.

Además, cuando el Poseído se contempla en un espejo, ve lo contrario a su verdadera apariencia. Se trata de una metáfora muy clara para cualquier cubano: nadie es realmente lo que parece. Las personas pueden pensar de una manera, pero se ven obligadas a expresarse de otra. Este personaje refuerza la alegoría de la doble moral y el doble comportamiento que debe mantenerse en una sociedad donde uno debe conducirse de una manera en público, aunque piense y actúe de otra manera en privado. El Poseído es la imagen de la esquizofrenia social cubana.

Hace poco releí varios textos de aquella época, y repasé lo que la crítica había dicho de ellos. Nadie mencionó nunca —ni siquiera insinuó— lo que es evidente que dicen esos relatos. ¿Sería posible que nunca los entendieran? Tal vez. Pero sospecho que muchos críticos prefirieran callar por temor a quedar marcados como herejes, sólo por interpretar unos textos de cierta manera.

Recuerdo un chiste que circulaba por la isla cuando aún vivía allí. En una esquina de La Habana había un borracho gritando: “Yo sé bien quién es el culpable de esta miseria... Yo sé bien quién es el culpable de esta hambre...” Un policía lo oye y le empieza a dar una paliza hasta que el borracho grita: “Espera, espera, el culpable de esta miseria es el imperialismo yanqui”. “Ah, muy bien”, dice el policía. “Entonces puedes irte”. A lo cual el borracho replica: “Oye, ¿y quién creías tú que era el culpable, que me entraste a palos?”. El chiste refleja la noción de que interpretar el pensamiento ajeno puede ser un ejercicio peligroso, porque el intérprete, al asumir la existencia de una herejía, también se convierte en copartícipe de ésta.

Quizás por eso fue un escritor colombiano quien interpretó por primera vez ciertos detalles de mi novela *Fábulas de una abuela extraterrestre*.

Poco después de su primera edición cubana, el ensayista y escritor colombiano Antonio Mora Vélez escribió un análisis sobre esta obra para un concurso de ensayos en Cuba. Antes de enviarlo, me hizo llegar a La Habana una copia de su trabajo. Cuando lo leí, de inmediato le escribí para rogarle que eliminara varios fragmentos que podían ser peligrosos para mí, si llegaban a ser leídos por las autoridades culturales en Cuba. Él entendió mi petición y retiró los párrafos



comprometedores. Sólo después que llegué a Estados Unidos, el artículo se publicó completo.

La trama de la novela se desarrolla en tres mundos paralelos. En el primero, llamado Rybel, una raza de seres alados posee la visión psíquica del tercer ojo y alcanza la madurez después de una ceremonia que les permite tener acceso a lo que ellos llaman Fronteras Transdimensionales. Los protagonistas de este hilo narrativo son una abuela y su nieto. La novela comienza en el instante en que la aldea huye de unos seres con los que jamás han logrado comunicarse y que cada cierto tiempo se acercan a la aldea por motivos que todos suponen hostiles. En medio de ese éxodo, la abuela comienza a narrar las aventuras de una joven astronauta que, debido a un accidente, se refugia en un planeta tecnológicamente inferior al suyo. En ese mundo existen dos talismanes mágicos, cada uno en poder de un grupo distinto. Según la leyenda, si alguna vez ambos talismanes se unieran, sería posible tener acceso a cualquier punto del universo. Poco a poco, la astronauta va comprendiendo que aquellos talismanes son mecanismos que permiten el viaje espacio-temporal, y se enfrasca en una aventura para conseguirlos. También allí vive un hechicero, que tiene visiones sobre una extraña joven que vive en otro mundo...

No voy a contar toda la trama. Sólo añadiré que gira en torno al contacto entre esos tres mundos y a la posesión de los talismanes mágicos, cuya unión permitiría abrir las fronteras espacio-temporales, selladas milenios atrás.

Cuando comencé a escribir la historia, nunca me propuse hacer una alegoría, ni pensé en cómo podrían interpretarse esas fronteras, ni lo que estaban reclamando mis personajes al querer abrirlas. Sólo me di cuenta de lo que había hecho al leer el ensayo de Mora Vélez, que establecía un vínculo entre la apertura de las fronteras y el aislamiento de Cuba. Aquello me tomó desprevenida. De nada me valía el disfraz de la fantasía, porque el análisis de Mora no dejaba otra interpretación cuando añadía: “El hombre de Daína es el hombre real del mundo contemporáneo, con sus conflictos y sus metas; es el cubano de hoy enfrentado a la crisis de un sistema y al despotismo de un régimen político que no le permite proponer alternativas [...]. Toda la novela es una propuesta cifrada a la solución de la crisis. Abrir las fronteras, no en Rybel sino en Cuba, es reconocer el fracaso del modelo y salir a la búsqueda de soluciones no dogmáticas”.

Ya sabemos que existen dos niveles de creación. Por un lado, se encuentran los elementos que un autor utiliza con plena lucidez de lo introduce en la historia. Es la parte de la creación consciente. Pero en ciertos casos, hay ideas y símbolos que escapan a ese control. Son deslices del subconsciente.

Sin duda, el significado oculto de las fronteras fue uno de esos deslices. Pero yo había incluido otro mensaje, esta vez del todo consciente, en la imagen de aquellos esos seres supuestamente monstruosos con los que los nativos de Rybel



nunca habían logrado comunicarse. La analogía que establecí era peligrosa, porque esos seres —a la larga— no eran lo que decían las leyendas, y porque quienes evitaban el contacto eran los propios rybelianos. Su lectura era la siguiente: el aislamiento o el bloqueo de ese pueblo era autoinflingido, y no producto de las acciones de un supuesto enemigo exterior. Y ese enemigo, además, ni era tan monstruoso ni tan inhumano como lo pintaban.

Con ambas ideas (una consciente y otra involuntaria), era claro que el mundo de la abuela —aislado por un peligro fabricado desde adentro— representaba la propia mitología del embargo que el gobierno cubano había estado alimentando y reforzando para impedir el acceso del pueblo al mundo exterior. No sé si hubo lectores en Cuba que comprendieron ambas alusiones, pero lo cierto es que la novela se convirtió en el mayor best-seller de ese año.

Debo aclarar que Fábulas es una novela donde prevalece la aventura y donde la suerte de sus protagonistas pende constantemente de un hilo. Esa es su lectura más evidente. Existe una segunda lectura, más soterrada y universal, sobre los peligros de la intolerancia y la incomunicación social. Pero en el contexto cubano, los lectores pudieron adjudicarle una interpretación más específica. Tal vez no la comprendieran a plenitud, pero la alegoría estaba allí.

De todos modos, los lectores no son tan inocentes como uno pudiera pensar.

El último libro que publiqué antes de abandonar la isla, titulado El abrevadero de los dinosaurios, asumía que los dinosaurios nunca se extinguieron, como siempre se creyó, sino que habían evolucionado y vivían en una dimensión paralela a la nuestra, bajo preceptos sociales muy distintos a los humanos. Compuesto por 70 relatos cortos, cada uno narra alguna anécdota que muestra los choques entre las dos culturas. Su tono es humorístico, porque se trata de una sátira llena de situaciones absurdas que ridiculizan y ponen en tela de juicio los valores más tradicionales de nuestra civilización.

Trabajé este libro con plena conciencia de lo que estaba haciendo. Años después, no he podido descubrir nada que se hubiera filtrado en los cuentos sin que yo me percatara. Y es que, para entonces, ya estaba realmente harta de la situación en Cuba, y no había manera de que pudiera sustraerme a esa idea, a ningún nivel de conciencia.

El abrevadero de los dinosaurios fue un reflejo de mi rebeldía ante el forzado igualitarismo estatal y mi resistencia a obedecer ciertas normas sociales. Nunca me han gustado los cánones de obligada igualdad. Creo que cada ser humano es una criatura única, y esa diferencia nos enriquece. Pero en mi país, la igualdad psicológica y emocional es la meta obligada y diaria. Ser o pensar diferente puede marcar como un estigma.



De ahí que yo convirtiera a unas criaturas, que se suponían desaparecidas, en representantes de valores que todos habían creído extintos o inexistentes. Dicho en pocas palabras, los dinosaurios simbolizan la ruptura con algunos prejuicios y tabúes esenciales de nuestra civilización.

Un dinosaurio jamás renuncia a sus sentimientos, a la espiritualidad o a la justicia, por mucho que lo presionen. Ama la libertad en todas sus formas, pero esa libertad debe conquistarse sin violencia. La violencia resulta un concepto repulsivo y totalmente ajeno a su naturaleza. Por eso doté a estas criaturas de una filosofía y comportamiento completamente pacifistas.

Ante las presiones externas, los dinosaurios actúan siempre de la manera más inocente... Esa había sido mi actitud —y la de muchos cubanos— en los últimos años: una resistencia pasiva ante el entorno violento y opresivo. Era un mensaje demasiado claro. “No te enfrentes, no pelees abiertamente con nadie”, parecían decir los dinosaurios. “Pero haz sólo lo que tu corazón te dicte”.

Después que salí de Cuba, recibí la carta de un lector desconocido que me llegó desde la isla. En esa carta me contaba que un grupo de jóvenes había fundado un club clandestino con el nombre del libro. Sus miembros se consideraban criaturas que defendían cada resquicio de su personalidad como hacían los dinosaurios de mi libro.

Ya sabemos que ninguna obra de arte puede cambiar el mundo; pero si navega con suerte, es posible que toque alguna cuerda sensible en el lector y encienda en él una luz que antes no estaba o que aún no había hallado estímulo suficiente para crecer. Conservar la idea de la libertad y la rebelión, aunque éstas sean interiores, es una de esas posibles luces.

El modo en que los textos de corte fantástico permiten hilvanar las ideas más herejes, forma parte de esa defensa de la libertad. Por eso creo que una de las funciones vitales de la fantasía es salvaguardar la propia esencia del ser humano: esa que le permite rebelarse contra las ataduras y los prejuicios de cualquier tipo.

Una sociedad que no limita la imaginación también permite el desarrollo del espíritu.

Las infinitas opciones que brinda una historia fantástica en la que pueden explorarse todas las realidades posibles e imposibles, hilvanar las ideas más descabelladas o herejes, y apelar a recursos que no existen en la vida real ni en la literatura convencional, sigue siendo el mayor regalo de la literatura al hambre emocional del hombre.

Jamás deberíamos olvidar el don preciado de la transgresión imaginativa. Por eso, cuando acudo a la fantasía, siento que defiendo algo vital para la especie; algo



que trasciende las fronteras de un país y abarca el estado mental y espiritual de toda una civilización.

La libertad es un concepto mutable, frágil y muy manipulable. Los pueblos pueden perderla, por accidente o por decreto, pero los creadores no deberíamos olvidar que siempre queda la fantasía, capaz de eludir cualquier barrera física y establecer vínculos improbables que pueden burlar la más atroz censura.

© 2013 Daína Chaviano. Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción por medios mecánicos,
fotográficos, o digitales, incluyendo Internet,
sin el permiso escrito de la autora,
excepto para trabajos académicos, ensayos y tesis universitarias.
Para mostrar el contenido total del artículo en el resto de los casos,
se permite hacer un enlace directo a este PDF.

